

APUNTES BIOGRAFICOS.



El cardenal de Retz.

EL CARDENAL DE RETZ,

COADYUTOR DE PARÍS.

(1614—1679.)

Multitud de escritos se han publicado sobre el cardenal de Retz; de los cuales la mayor parte están marcados con aquel espíritu de mezquindad que impide abrirse paso á las mas altas verdades históricas, y carecen todos de aquel carácter de imparcialidad que debe presidir á la historia. Hásenos pintado al cardenal como un faccioso, como un revolucionario, lo que no es exacto; el cardenal fué un ambicioso con la sed de grandezas y el amor del poder: eso fué, y no otra cosa.

Juan Francisco Pablo de Gondi, célebre bajo el nombre de coadyutor, que tan estrepitoso se mostrara en la época de la *Fronde*, naciera en Montmirail, en 1614. Nada diremos de su fealdad, de sus piernas torcidas, ni de otras particularidades de su persona. Su familia, de una nobleza nueva y sin gloria, adquiriera no obstante una alta posición en el estado; su padre era general de las galeras; su tio habia sucedido á otro Gondi en el arzobispado de París, que destinaban al hermano del cardenal, para hacer de aquella silla episcopal un patrimonio de familia: grandezas todas que dimanaban de un aventurero, Alberto de Gondi, quien se

Mayo 23 de 1852.

encontró mariscal de Francia por haber mandado cien caballos en la batalla de Saint Denis.

Vicente de Paul, aquel admirable modelo de caridad cristiana fué el preceptor de Pablo de Gondi. Asesinado en una partida de caza, su hermano, á quien destinaban á las grandezas eclesiásticas, aquel acontecimiento abrió al jóven Pablo las anchas puertas de Nuestra Señora. Es preciso hacerle justicia; nada escusó para contrariar las paternas miras: negativas, amenazas, desórdenes, duelos, todo lo que humanamente era posible hacer para demostrar que seria un mal sacerdote, todo lo hizo, hasta querer arrebatarse su prima la señorita de Retz. Despues de haber adquirido cierta nombradía de espadachin, despues de haberse mostrado debajo la sotana page mas bien que abad, partió el jóven Gondi para Venecia. Poco tiempo despues volvió á París para conspirar contra el cardenal de Richelieu; el ministro, que no perdonaba con mucha frecuencia, mostróse no obstante olvidadizo, y á su muerte encontráronse en sus papeles, notas favorables sobre el pequeño abad de Gondi.

Espiraba Richelieu, y seguiale de cerca á la tumba Luis XIII, cual si aquel rey no hubiese podido vivir ni reinar sin su ministro. La Francia cayó entonces en manos de los estrangeros; una española, Ana de Austria, fué nombrada regente, y eligió para gefe del consejo á un siciliano, al cardenal Mazarino. Vamos á ver ahora á Pablo de Gondi en la grande escena de los acontecimientos: acababa de ser nom-

brado para la coadyutoría del arzobispado de París. Pongamos aqui á Mazarino cara á cara con el cardenal de Retz, á quien trató siempre como á enemigo.

Los impuestos que se habia prometido aligerar, se hacian cada vez mas pesados. El parlamento de París estalla, el pueblo aplaude y toma las armas; la contaduría mayor, el tribunal de los subsidios, proponen al parlamento un tratado de union para la defensa del interés general, y es firmado. Mazarino manda llamar á los principales miembros de las cuatro compañías; y les manda hagan trozos el tratado. Presentase entonces el coadyutor como mediador; engañanle, prométenle que no se emprenderá nada contra el parlamento, y algunos dias despues, habiendo sido ganada la batalla de Lens, Mazarino, en el mismo momento en que se canta un *te Deum* á Nuestra Señora, hace arrebatarse de su domicilio á Blanc-Mesnil y á Broussel, miembros los mas populares del parlamento. Enardece á toda la poblacion esa medida; acude el coadyutor al gabinete de la regente donde celebraba consejo, y en el cual escitó su presencia insolentes zumbas. Al verle exclamó un cortesano. «Vuestra Magestad debe de estar muy mala, pues el coadyutor le trae la estremacion.» Por lo que hace á la reina, no obtuvo de ella mas que estas amargas palabras: «Id á descansar, señor, habeis trabajado bastante.» Entonces vuelve el obispo á su palacio con el corazon lacerado por las mofas, y no sale sino el dia de las barricadas para ir á repartir acá y acullá bendiciones, lo que dió margen á

Album pintoresco.

8

que dijera la corte que habia bendecido la rebelion.

El coadyutor ya no pensó mas que en atormentar á Mazarino, y de allí daban sus relaciones con la duquesa de Longueville. Un decreto del parlamento hecho á unanimidad declara á Mazarino enemigo del Estado y perturbador del reposo público; París pone en pie un ejército de treinta mil hombres, en el cual el coadyutor hace marchar un regimiento levantado á su costa; tórnase la Bastilla, y nórnase gobernador á Broussel, á Broussel poco ha prisionero. Toma este movimiento un carácter tan sério, que una parte de la aristocracia se separa de la corte y viene á colocarse junto al parlamento; porque toda vez que toman consistencia las contiendas civiles, la aristocracia se divide y una mitad permanece fiel á la corona y la otra mitad se pasa al pueblo. Bien que resuelta á combatir, la corte asustada espide un heraldo, á quien el parlamento se niega á recibir, bajo el pretesto, sugerido por el espíritu sutil del coadyutor, de que no se envían heraldos sino á los enemigos ó á los iguales, y que respecto al rey, el parlamento no es uno ni otro. Así engañaba Gondi la conciencia cándidamente monárquica de aquellos buenos magistrados.

Fírmase no obstante la paz. De vuelta á París, Mazarino no olvidó su enemistad contra el coadyutor, mas por esta vez tenía otro no menos molesto adversario en el príncipe de Condé. Mazarino resolvió perderlos uno por otro. Hizo disparar dos fusilazos á la carroza del príncipe de Condé, y recaer las sospechas en el coadyutor. Llevado el negocio al parlamento, preséntase el coadyutor acompañado de un solo limosnero, que pregunta si se le puede creer capaz de un asesinato en la persona de un príncipe de la sangre; y como el presidente de Mesine hubiese hecho alusion á la conspiracion de Amboise, apostrofóle diciendo: «¿Dónde encontráis la semejanza con aquella conspiracion en la cual figuraban las primeras familias de Francia, al paso que en esta no echáis de ver mas que la politica de un siciliano estafador, hecho primer ministro?» Algunos dias despues se presentó al parlamento para hacer alejar de París á Mazarino. En aquella escena memorable fué en la que improvisó algo de Ciceron para dar mas autoridad á su palabra; siendo engañados por aquella falsa cita todos los mas espertos de la asamblea.

Mazarino vese obligado á salir de Francia. Reducida al último apuro, acércase la reina al coadyutor, y le ofrece la plaza de primer ministro, que rehusa. Mas dócil fuera cuando se le brindó con la púrpura; pues recibió el birrete de cardenal en Compiègne de manos de Luis XIV. Todo cambia de aspecto en aquel momento: decídese á la guerra civil el príncipe de Condé; preséntase en la Guyenna, levanta tropas, toma ciudades, y llega de improviso sobre París por medio de aquel famoso combate de la aldea de San Antonio, donde, estrechado por Turenna contra las murallas, iba á ser destruido á no abrirle París sus puertas.

Aquí acaba la Fronda, y aquí empieza á decaer la fortuna del coadyutor. Cansado el parlamento de aquellas sangrientas disensiones firma una nueva paz; Mazarino vuelve á la corte; y el coadyutor, á pesar de los avisos que recibe de todas partes, habiéndose atrevido á manifestarse en el Louvre, vése detenido sin que el pueblo dé muestra de la menor emocion. Condú-

cenle á Vincennes, en donde para concederle el favor de ser trasladado á Nantes, se le obliga á dar su dimision del arzobispado de París, en cuya posesion acababa de entrar por fallecimiento de su tío. Llegado al castillo de Nantes, barrunta su evasion, que ejecuta con inaudita intrepidez. Es sobrado dramática esta hazaña para pasar por alto sus detalles.

Era un sábado del año 1654, al caer el sol de un hermoso dia del mes de agosto. Salia á veces despues de comer á pasearse por la plataforma, teniendo dos centinelas la consigna de espiar con los ojos todos sus movimientos; mas gustaban á su fantasia las cosas extraordinarias. Acompañábanle su médico y el abate Rousseau, quien traia bajo de su ancha sotana todos los utensilios necesarios para la proyectada evasion, detrás de ellos, á alguna distancia, venian dos ayudas de cámara encargados de un papel forjado de antemano para asegurar el éxito de la empresa. Alegre era la conversacion, y las fisonomias aparecian tranquilas. Despues de algunos instantes, el cardenal fingió tener sed, y así que hubo bebido, los ayudas de cámara se acercaron á los centinelas para ofrecerles catar la botella procurando sin la menor afectacion atraerlos tras una torre como para impedir echase de ver el cardenal que acababan con su vino. Entonces el cardenal, llevando el atrevimiento hasta la temeridad, se quita su toga encarnada y la cuelga de un palo entre dos almenas, á fin de que esa especie de maniquí improvisado haga creer á los centinelas, cuando vuelvan á su faccion, que el prisionero está allí detenido. El médico y el abate desarrollan una larga cuerda, á cuyo extremo hay un columpio para servir de asiento al cardenal; sujétanle á dicha cuerda por medio de una cincha, que le atraviesa el pecho de una á otra espalda, y le dejan deslizarse suavemente contra la pared del baluarte de la altura de noventa pies. En el momento en que tocaba al suelo, encárale su fusil un centinela; ayudado por su acostumbrada presencia de espíritu, va derecho á él el cardenal, arrastrando la cuerda de que no se ha desprendido todavía, y con el tono del mando le dice: «Si haces fuego, serás ahorcado.» El centinela, puesto en el tormento algunas horas despues, confesó que habia creído que el gobernador era del complot.

Todo parecia acabado. El cardenal montado en un vigoroso caballo, rodeado de algunos amigos, iba galopando hácia la primera parada, donde otros caballos y otros amigos le estaban esperando para que de ese modo pudiera ir de parada en parada hasta París; cuando violentamente lanzado contra un mojon, rómpese el cardenal la espalda izquierda. «Este acontecimiento, dice él mismo, cambió mi destino.» Repusieronle á caballo; mas fué preciso adoptar otro plan y seguir otro camino. Sentia el cardenal tal dolor en la rota espalda, que se veia obligado á estirarse violentamente los cabellos para no desvanerse; pero como fuese de cada vez mas insoportable, estendiéronle en las altas yerbas de un campo. Trasladado luego, á una litera y de allí á una débil barca, llevaron las ondas aquella vida aventurera á España, y de allí á Roma, donde le aguardaban otros acontecimientos. El papa acababa de morir; llegó el cardenal de Retz á la apertura del cónclave; en cuya asamblea, su destreza ejercitada ya en el parlamento, dirigió los votos y mandó abrir el escrutinio. Las intrigas le obligan

á alejarse de Roma. Apodérase la tristeza de su corazon, al verse espuesto á esas correrías por tierras estrañas; y despues de haber andado vagando por Holanda, vuelve á Francia, mas solo para ocultarse en el interior de una provincia.

Una sola vez apareció en la corte; y Luis XIV le habló de sus cabellos blancos, como para darle á entender que no veia en él mas que á un anciano condenado al olvido y al arrepentimiento. Versailles no le vió mas; la vida del coadyutor de allí en adelante fué enteramente dedicada al trabajo, al cual debemos la redaccion de sus *Memorias*. No que á veces, sin embargo, no viniera á París el cardenal; mas era en secreto, ignorado, y sin que se dejase ver en parte alguna. En uno de esos viages falleció casi de repente en 1679 en casa de su sobrina la duquesa de Lesdiguières. Madama de Savigné consagra á su muerte algunas frases misteriosas, escritas sin duda bajo la impresion de ciertos rumores populares, y es sabido que el pueblo jamás cree en la muerte, osadía bastante para herir á los que mira como de una naturaleza superior á la suya.

SOBRE LA LENGUA CASTELLANA.

(Conclusion.)

Subyugaron los romanos á Numancia, á cuyo territorio pertenecia el Terrestino, y finalmente, á los cántabros, durísimos en obedecer á los romanos: y si con la guerra hizo tantos progresos la lengua latina, en la paz de mas de cuatrocientos años que á esta sucedió, es forzoso que con el trato creciese la amistad, y de consiguiente la lengua, tanto que en breve tiempo, segun dice Estrabon, no se acordaban de su antiguo lenguaje, aprovechando tanto en el nuevo, que Horacio se lisonjea que sus composiciones serian leídas en España, á cuyos naturales, á preferencia de los demas que nombra, da el epíteto de peritos: justicia entonces y vaticinio juntamente de lo que luego sucedió, pues que á ellos estaba destinado el enviar maestros á Roma, que sostuviesen el decoro de la lengua latina; tal fué Porcio Latron, el primer profesor que se conoció en Roma, de esclarecido nombre y fama; tal Quintiliano, cuyos preceptos sirven de norma el dia de hoy á todos los que cultivan la oratoria: y en una palabra, por no tejer un larguísimo catálogo de los españoles elocuentes, oradores y poetas que desde el tiempo de Augusto hasta el de Neron florecieron en Roma, me contentaré con decir que entre ellos sobresalieron Cayo, Higino, Turamo, Gracula, Pomponio, Mela, Marcial y otros; pero no podré pasar en silencio la grande obligacion que la Italia nos debe por haberles enviado aquel astro de la agricultura, Moderato Columela; encontró este en un estado verdaderamente deplorable el cultivo de los campos en Italia, y esto lo estimuló á dar aquellas lecciones de agricultura, en las cuales no se sabe si se debe admirar mas la sabiduria de los preceptos, ó la pureza, delicadeza y elegancia que en ellos se advierte: habiendo vencido lo que Ciceron tuvo por imposible, á saber: que de la agricultura se pudiese tratar con elegancia; se advierte otra cosa

en estos preceptos, que su autor inculca continuamente, la manera con que cultivaban entonces en España, y refiriendo los propios nombres que entre la gente del campo habian prevalecido para cada labor, su pureza y conveniencia con el genio de la lengua latina, demuestran cuán bien se poseia esta en España, puesto que sus vocablos rústicos eran oídos con gusto en aquella Roma que rara vez sabia apreciar lo que no hubiese nacido dentro de sus murallas.

De esta manera permaneció el habla en España hasta principios del siglo V, no descubriéndose en todo este tiempo monumento alguno de obra pública, dedicación de templo ó ara, memoria de emperador ó de la lápida sepulcral, que no sea en lengua latina. A los principios del siglo V inundaron á España buscando mejor clima los suevos, alanos, vándalos y silingos, derramándose por todo lo mejor de ella. Poco despues los godos, que estaban en las Galias, entraron como auxiliares de los romanos contra estas naciones, y poco á poco los fueron acorralando, hasta que el rey Leovigildo acabó con su reino y dominio, quedando único señor de nuestra provincia. Procuraron al principio los godos borrar la memoria y nombre romano en todos los países que conquistaban, en cuyo plan estaba empeñadísimo especialmente Ataulfo, hombre de grandes fuerzas é ingenio. Pero bien presto, como él mismo confiesa, la experiencia le hizo conocer, que ni los godos obedecian á sus leyes por el desenfrenado barbarismo, lo cual le hizo cambiar del todo de parecer, sustituyendo al furor de desterrar hasta el nombre romano un esfuerzo vivísimo de restituirlo y aumentarlo. Este mismo sistema siguieron los demas principes godos, usando así de palabra como por escrito de la lengua latina, y queriendo que sus armas conservasen el imperio sin que hubiese diferencia entre godos y romanos. Escribiendo el rey Atalarico al pueblo romano, dice entre otras cosas, que importaba á su reputación que los que su abuelo Teodorico, con gran benignidad habia amparado, él con abundancia colmada de buenas obras los sustentase, y que los romanos y godos tuviesen un mismo derecho, sin que entre unos y otros hubiese cosa partida. No es, pues, de maravillar, que los que tanto empeño habian tomado en sostener de todo punto el imperio, abrazasen la lengua que hallaron en sus provincias, abandonando el proyecto de introducir la propia; y así me parece muy extraño el empeño que han mostrado últimamente algunos de nuestros eruditos, en persuadir que los godos introdujeron su lengua en España, guiados únicamente de la conjetura de que es muy difícil que toda una nación se desapropie de la lengua que ha mamado con la leche, cuando contra este indicio negativo tenemos tantos testimonios positivos é irrefragables. Es preciso por otra parte confesar, que al empeño que los reyes godos tomaron de conservar la lengua latina, no correspondió del todo esta nación, dada mas á las armas que á las letras; confundia los nombres latinos con los suyos, y siéndole prolija la conjugacion de los verbos por todos sus modos y tiempos, procuró reducirlos y anteponer á la flexibilidad que conseguian los nombres por la declinacion, la mayor facilidad que en la suya les daban los artículos. Perdido este, que es el cuño característico de la lengua latina, era preciso que el habla que se iba introduciendo,

si bien formada sobre las ruinas de esta, como que ya habia perdido su llave; fómase un nuevo dialecto, al cual fué dado el nombre de romance; tosco este é imperfecto en sus principios, no osaba comparecer en público, contentándose de servir únicamente para el trato familiar de la gente vulgar: prohibiendo las leyes, que siempre se daban en latin, que nadie pudiese usar de otra lengua no solamente en los actos públicos, pero ni aun en las escrituras particulares, de lo cual hacen fé las cartas familiares latinas de aquel tiempo, que todavia se conservan.

Ibase poco á poco puliendo el romance, hasta que llegó á aquel estado de magestad y gracia, en que pareció al emperador don Alonso podia ya sin vergüenza salir á luz pública; y así en honor suyo mandó que cesase el antiguo uso de escribir en latin, y que la Sagrada Escritura se tradugese en romance, y escribió él en esta lengua las leyes de las *Siete partidas*, monumento que traspassando á la posteridad la memoria de este rey, conservará eternamente el inagotable tesoro de su sabiduria.

Hay sin embargo quienes pretenden dar al romance mayor antigüedad, fundados principalmente en las leyes del *Fuero Juzgo*, que los reyes godos de España hicieron antes que los moros la destruyesen; pero ¿quién no ve que aquellas leyes fueron escritas en latin como hoy se conservan y andan ordinariamente estampadas? Y si bien es difícil fijar la época en que por la primera vez fueron traducidas en romance, es por otra parte indubitable que esto sucedió algunos siglos despues que fueron dadas, cuando ya la España gemia bajo el yugo de los sarracenos. Por esto las diferentes traducciones se apartan en muchos puntos del original, como vemos por la que dió el doctor Villadiego, el cual en el libro duodécimo pone el título tercero: *De los denostos é de las palabras odiosas*: el cual título no se halla en las latinas. La ley sesta de este mismo libro dice de este modo: «Quien xama á otro sarracin, é aquel que lo diz non lo proba, reciba ciento y cincuenta azotes ante el juez;» la cual claramente muestra que fué hecha despues de la venida de los moros á España.

Eran entre los godos muy usados los títulos de duques, condes, gardingos y otros nombres de oficio, que á cada paso se encuentran en las leyes latinas del *Fuero Juzgo*, los cuales por haber ya cesado, dejaron los que las tradujeron en romance, sustituyendo otros en su lugar; adviértese esto claramente en la ley veinte y seis del libro primero, dada por el rey don Flavio Rescindo, cuya traduccion dice de este modo: «Porque los remedios de los pleitos pueden ser de muchas maneras de oficiales, mandamos que sea llamado alcalde todo aquel que indagare segund la ley, é establecemos que el duc, é el conde, é el vicario, é el arceñidor, ó el rico home, ó todos los otros alcaldes que indagan por mandado del rey, hayan el pro é el danno que debe haber el alcalde segund come comanda la ley.» Siendo el nombre alcalde árabe, se colige que esta traduccion fué hecha despues de la venida de los moros; échase tambien de ver que fué hecha en los tiempos de la ignorancia, puesto que no espresa el sentimiento y fin de la ley latina, ni acertó á dar en el punto de su disposicion; bien útil y provechosa para abreviar los pleitos, quitando las diferencias de jurisdiccion dada por la ley que lla-

man ordinaria, de la delegada. Finalmente, por dejar otros testimonios, esta traduccion cita el decreto de Graciano, y en el formar de los libelos pone la era de 4301; de manera que la traduccion debió de ser de aquel tiempo, ó poco mas antigua: lo cual hace ver que es forzoso no hayan leído estas leyes los que pretenden hacer ascender su origen en romance al tiempo inmediato á la venida de los godos á España. Fué, pues, don Alonso el Sábio el que hizo comparecer en público la lengua castellana, hallándose ya en un estado de progresion hácia su perfeccion, muy superior al que en igual época tenian y tuvieron mucho tiempo despues, todas las lenguas de Europa.

En cada siglo, si queremos echar una ojeada sobre los escritos de aquel tiempo, veremos que presentan un nuevo dialecto, ó mas bien una nueva lengua, mientras que en la nuestra, desde las Partidas hasta el Informe de la ley agraria, encontramos siempre una misma frase mas ó menos desembarazada, y solo advertimos haberse alterado algunos vocablos en favor del buen sonido, y haberse desechado otros con perjuicio tal vez del tesoro de la lengua, debiéndose solamente tomar este partido cuando se crean ó adoptan otros, que les aventajen en gracia, belleza ó energía.

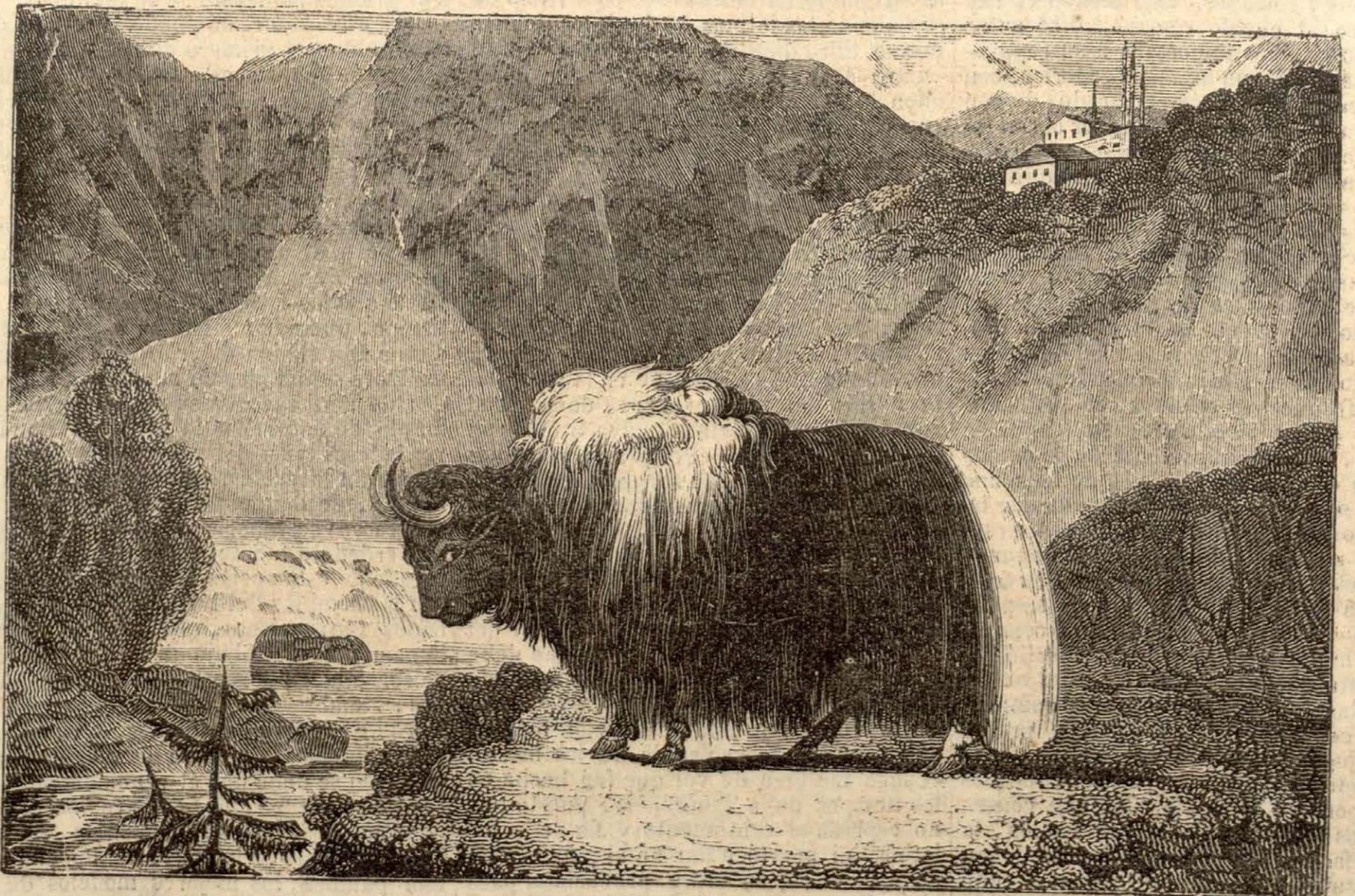
¡Ojalá que así como nuestra lengua aventajó á todas, caminando en su infancia con pasos gigantescos, hubiera seguido del mismo modo! Pero por desgracia nuestros pretendidos sabios, embelesados con las ciencias abstractas, y engolfados en un escolasticismo enmarañado, antepusieron tratar las ciencias en un latin degenerado é indigesto, al arte de coordinar las ideas y al estudio sobre la estructura de la propia lengua: objeto que pareció del primer interés al mas docto de los romanos, Varron, y del cual no se desdeñó César entre el ruido de las armas y el grandísimo fausto de su dignidad.

En este lugar no puedo recordar sin ternura que el primero que entre los españoles se aplicó á este trabajo tan prolijo como necesario, fué aquella gran lumbrera de la lengua castellana, el inmortal don Antonio de Nebrija, que saliendo del real colegio español de Bolonia, volvió á restituir á su patria con usura los frutos de que durante su ausencia habia carecido. Lleno este de un profundo saber, no menos que de una esquisita erudicion, advirtió que las fatigas de los ingenios de su tiempo, que nada atendian á la encantadora arte del bien decir, quedarian eternamente sepultadas en la region del olvido; de aqui es, que su primera atencion fué la de encarrilar la juventud por las verdaderas vias del saber, componiendo á este fin la gramática de la lengua castellana, de donde por medio de la gramática y vocabulario abrió el paso para su verdadera fuente, la latina; desembarazado de esta suerte el camino, empezaron las semillas del buen gusto á dar unos frutos tan copiosos, que recompensaron llenamente el trabajo de su cultivador; viéronse luego florecer los Granadas, Leones, Mendozas, Cervantes, y un gran número de prosadores y poetas, que siguiendo las huellas de aquel á quien con sobrada razon se debe dar el renombre de héroe de su tiempo, hicieron propios los Demóstenes y Sócrates, Genofontes, Homeros, Cicerones, Virgilio, Horacios, y en una palabra, los mejores modelos de la

HISTORIA NATURAL.



El raton.



El búfalo.



El vizcacho.



El aligattor, devorando un elefante muerto.

Grecia y del Lacio. Fueron estos los que formaron los grandes varones, que consiguieron dar á nuestra lengua aquel aire de magestad que la caracteriza entre todas; á ellos debe la energía y nervio que la hace semejante á la griega; y si quedó inferior á esta en la flexibilidad y armonía, fué porque aquellos escritores, atendiendo á lo esencial, tuvieron por prenda de lujo estas que hermosean el lenguaje.

No tengo la menor duda en fijar la época mas brillante de nuestra lengua; esta es seguramente el siglo XVI, cuando nuestros escritores, al destello del esplendor de la Grecia y del Lacio, la pusieron en aquel punto de perfeccion, al cual no podrán no digo llegar, pero ni aun acercarse, los que ahora vanamente pretenden abandonar los originales que sirvieron de guia á nuestros maestros. No pensaban ciertamente de este modo los primeros sábios de Europa, á quienes deben su perfeccion de las propias lenguas, y si no, consultemos al oráculo de la Francia, Boileau, oigamos los Dantes, los Petrarcas, y cuantos han dado tono respectivamente á el habla, todos unánimes y conformes nos muestran la venerable antigüedad como una mina inagotable de donde han estraido los inmensos caudales, con los cuales han enriquecido y hermoseado sus lenguas. Asi pues, no apartando un momento la vista de estas antorchas, conseguiremos conservar con pureza nuestra lengua; y el sistema mismo de proteccion en que al fin hemos entrado, hace concebir la esperanza de que no faltará quien aspire á darle aquella facilidad y armonía de que todavía es susceptible.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

PROVERBIO EN TRES PARTES

POR M. EUGENIO SCRIBE.

(Continuacion.)

SEGUNDA PARTE.

ESCENA VI.

LOS PRECEDENTES y VETWER con un cesto en el brazo.

HORTENSIA.

¡Hola! ¡es Mr. Vetwer!...

VETWER.

El mismo, señora, que os traigo una coleccion exquisita de guantes de Suecia, de pastillas y de perfumes de Oriente.

HORTENSIA.

¿Y qué teneis de nuevo?

VETWER.

Frascos de un gusto admirable... delicioso... Con deciros que han conseguido entusiasmar á Mr. Enrique Melval, de cuya casa salgo en este momento, me parece que digo lo bastante.

CAMILA.

¡Ah! ¿Con que conoceis á Mr. Melval?

VETWER.

Como que tengo el honor de ser su perfumista.

CAMILA.

Honor que sin duda alguna os costará muy caro, porque, segun se dice, acostumbra á pagar bastante mal.

VETWER.

¿Quién ha sido capaz de decir eso? Mr. Melval no solo no debe nada, sino que paga siempre al contado, y se niega á honrarnos aceptando el crédito que de buena voluntad le ofreceríamos si lo quisiera...

HORTENSIA, bajo á Camila.

¿Oyes?

VETWER.

Preguntad sino á sus proveedores en todos sentidos, y os asegurarán, como yo, la extraordinaria conhanza que les merece... Y no vayais á creer que somos nosotros solos... En este momento cuenta ya con un número crecidísimo de votos para ser elegido representante...

CAMILA.

¿Será posible?

VETWER, á Mad. Desgravilliers.

Señora, no puedo menos de sentirlo por vuestro esposo, que tiene en él un adversario terrible...

HORTENSIA, sonriéndose.

¡Poco me importa!

VETWER.

Pero no vayais á creer que hablo sin datos... pues me consta que tiene grandes probabilidades de conseguir el triunfo... Ya se vé... Hijo de un médico célebre, abogado lleno de talento y de porvenir, y jóven notable ademas, por su intachable probidad, y recomendables dotes ¿qué mucho que merezca esas simpatías? En fin, señora ¿creereis que acaba de desecharse un enlace ventajosísimo en todos conceptos?

HORTENSIA.

¿Y por qué?

VETWER.

Por una razon singular que no suele ser moneda corriente en la época que alcanzamos... porque ama á otra...

HORTENSIA.

¿De veras?...

VETWER.

Amor que oculta cuidadosamente, y que no se atreverá á declarar hasta que salga elegido...

HORTENSIA.

¿Sabeis Mr. Vetwer que si propalais

eso vais á conseguir interesar á todas las mugeres en su eleccion?

VETWER, aparte.

Hace tiempo que lo sé...

HORTENSIA.

Y vos que pareceis tan enterado, monsieur Vetwer ¿no habeis llegado á sospechar quien pueda ser la señora de sus pensamientos?

VETWER.

No, señora... solo me ha confesado que era de Paris.

HORTENSIA.

Vamos, no os deis esa importancia.. Decidnos de una vez quien es.

VETWER, confidencialmente.

¡La hija de un alto personaje que fué duque y par de Francia!... (Se dirige á coger la cesta que ha dejado sobre una silla.)

CAMILA, á Hortensia con frialdad.

Eso no es probable... á menos que no sea Mr. Melval un enamorado de oficio, que ejerza á la vez su profesion en Paris y en los departamentos.

VETWER, á Hortensia.

¿Me dais vuestro permiso, señora, para entregar esta cesta á vuestra doncella?

HORTENSIA.

Si, Mr. Vetwer.

ESCENA VII.

HORTENSIA. CAMILA.

CAMILA, sonriendo con desden.

Tenias razon... Vetwer parece estar bien enterado...

HORTENSIA.

Ahora es cuando empiezo á dudar, por que se me resiste el creer que Mr. Melval tan discreto y callado siempre, haya sido capaz de tomarle por confidente.

CAMILA.

¿Por qué no?... Los hombres hablan de su pasion á todo el mundo, y en todas partes... ¿Acaso no tuve yo que escuchar, en el último baile, una declaracion amorosa, y una peticion de mi mano, bailando una polka?

HORTENSIA, riendo.

¡Ja! ¡ja! Eso es muy curioso... ¿Y quién fué el enamorado doncel?...

CAMILA.

Uno á quien tu proclamas caballero perfecto... El señor vizconde de Comnès.

HORTENSIA, *esforzándose por ocultar su turbacion.*

No es posible... te has engañado sin duda alguna...

CAMILA.

¡Cielos!... ¡Cuán trémula y pálida te has puesto!...

HORTENSIA, *pudiendo apenas sostenerse de pie.*

¡Trémula si, pero por ti, Camila, por tu felicidad!... Si fueras capaz de concebir el porvenir que te preparas...

CAMILA.

No me asusta de modo alguno, porque como ya te he dicho, no pienso casarme jamás. Antes bien estoy decidida á desecher todos los partidos, empezando por el que me ofrece el apuesto y elegante vizconde.

HORTENSIA, *estrechándola las manos con alegría.*

¿Será posible?... ¿Me lo juras?...

CAMILA.

Si, bondadosa Hortensia... no hablemos mas de eso... Pero jamás olvidaré el interés y sobre todo los temores que sabe inspirarte tu amistad hácia mi. *(Sale.)*

ESCENA VIII.

HORTENSIA *sola.*

Mi amistad dice, cuando solo pensaba en mi!... ¡Pobre niña! *(Paseándose con agitacion.)* Por eso será por lo que no he visto al vizconde hace dos dias... Este es un rompimiento, si, un rompimiento!... ¡Pero acabar de esa manera!... ¡Usar conmigo de tan indigno proceder!... ¡Jamás lo hubiera creído! ¡Ah! Toda falta envuelve en sí el castigo... Velemos al menos sobre Camila mejor que he velado sobre mi... Evitemos que consiga hacerse amar, que la haga traicion, que la engañe... *(Se sienta al lado de una mesa y escribe.)* Si... es preciso que yo le vea, que le hable, aun que no sea mas que para decirle que todos sus designios están descubiertos. *(Escribe con agitacion, y pasado un instante levanta la cabeza al oír el ruido que hace Mr. Desgravilliers al entrar por la puerta del fondo.)*

ESCENA IX.

DESGRAVILLIERS, HORTENSIA.

DESGRAVILLIERS.

Y bien, señora, ¿dónde estais?... ¿qué haceis? Os ando buscando por todas partes...

HORTENSIA.

Estaba leyendo...

DESGRAVILLIERS.

Por cierto que la ocasion no podia ser mas oportuna... el general acaba de llegar, y no hay nadie que le reciba...

HORTENSIA.

Yo iré, caballero, yo iré...

ESCENA X.

DESGRAVILLIERS, *solo.*

¡Ahí está el general, cuyo apoyo me es mas necesario que nunca! ¡Ah!... no perdonaré medio alguno para catequizarle, porque son inauditos, inconcebibles, fabulosos, los progresos que ha hecho en la opinion ese mocoso de Melval. Gentes que ni aun le conocen, aparecen fanatizadas en su favor, y le alaban, le elojian y le ensalzan, menos para servirle que para perjudicarme; este es un entusiasmo improvisado, dirigido, á no dudarlo, contra mí. Porque soy aqui el primero y el mas elevado: porque tengo mérito, talento, y una fortuna inmensa, prefieren al primer advenedizo. ¡Y luego se dirá que el espíritu de oposicion no es innato en Francia! Pero se engañan si creen que he de declararme vencido sin combatir, sin emplear los medios oportunos para salir con honra de la lucha electoral. Hoy daré un banquete opíparo y suntuoso á las principales autoridades de la ciudad, y esta noche festejaré con un baile magnífico á mis principales electores y á sus mugeres. Está visto: el baile es el único recurso para hacer marchar adelante los negocios. Mañana... *(Reflexionando.)* ¡Demonio!... no puedo asistir á la partida de caza á que me ha convidado el prefecto... ¡No faltaba mas para hacer un pan como unas hostias, sino que me ausentase en estos momentos, y que dejara abandonado el campo de batalla!... ¡Ea! le escribiré una carta escusándome. *(Se sienta al lado de una mesa.)* ¡Qué plumas, santo Dios! ¡al fin plumas de muger!... Pero ¡quién! si es imposible escribir con ellas... Haria en vez de letras palotes. *(Mirando el papel con impaciencia.)* ¡Pues!... lo primero con que tropiezo es con la malhadada cuentecita de la modista... *(Sigue revolviendo en la mesa.)* ¡Si encontraré algun pliego de papel de cartas!... *(Volcando todos los papeles y tomando uno.)* Sea todo por Dios, al fin encontré le que buscaba... *(Volviéndole.)* ¡Pero no!... si es una carta empezada, y escrita por mi muger... ¡Cielos!... frases apasionadas... reconvenciones tiernas... deberes que ella ha olvidado por él... *(Con cólera.)* ¿Y quien es este él?... ¡Ojalá pudiera abrigar las mismas dudas con respecto á ella! *(Volviendo la carta.)* No existe el nombre de la persona á quien va dirigida... ni siquiera las señas de su casa... ¡He aqui una carta por demas vaga y oscura, y que sin embargo no puede ser mas clara! *(Sigue leyendo.)* Es absolutamente preciso que ella le vea... que le hable lo mas pronto posible... ¡Hola! ¡y le aguarda mañana en el pabellon del jardín! ¡Esto es absurdo, bárbaro, piramidal! No puedo creerlo todavia... estoy bajo el imperio de un sueño, de una alucinacion... no... no ha sido mi muger quien ha escrito esta carta... Es imposible que un hombre como yo, antiguo diputado y par de Francia, sea hoy... *(Volviéndose á escuchar.)* Oigo pasos... ¿si será ella?... *(Se lanza en un gabinete de la derecha, cuya puerta conservará entreabierta.)* Hortensia, que abre la del fondo, mira con temor á su alrededor, y no viendo á nadie, se dirige en puntillas hácia la mesa, busca entre los papeles la carta que Desgravilliers acaba de dejar encima, la lee con emociion y con temor, la cierra, la pone

un sello, la guarda en su pecho, sale apresuradamente por la puerta del fondo, y desaparece. *(Desgravilliers entreabriendo la puerta del gabinete.)* Ya no es posible abrigar dudas estúpidas... Pero ¿á quién va dirigida la carta?... ¡Lo sabré! *(Sale.)*

(Se continuará.)

RESUMEN HISTÓRICO

RELATIVO A LAS MÁQUINAS DE VAPOR.

En casi todos los relatos históricos que remontan á algunos siglos, son las leyendas y exageraciones las que ocupan el lugar de la verdad. En nuestros dias se ha despertado tambien un gusto tan irresistible y predominante á la narracion de cosas estupendas y extraordinarias, que lo maravilloso, lo sorprendente, es condicion ya irrecusable y mas esencial de toda produccion literaria, pudiéndose casi sostener, como si, por decirlo asi, existiera definitivamente un convenio tácito entre el escritor y sus lectores, puesto que el uno sabe harto bien que engaña, y los otros no ignoran de que son engañados. Mas esta manera, por otra parte bastante fácil, de concitar el interés por fábulas é ideas quiméricas, repugna al historiador paciente y concienzudo por demas, quedándole hechos mas que suficientes que envuelven un atractivo é interés real, y aun ajustado al buen sentido y á la verdad.

Nosotros nos abstraeremos absolutamente de tamaños relatos, explotados respecto á las máquinas de vapor, siguiendo en un todo el camino de la verdad desnuda, á pesar de que no nos faltaria materia para dar á nuestro escrito un giro poético, puesto que la historia relativa no se liga solamente á las brillantes crónicas del siglo XV y XVI, sino que remonta hasta ciento veinte años mas allá de la era cristiana.

Vamos á reasumir nuestras investigaciones, y trazar la série cronológica del perfeccionamiento progresivo que han experimentado las máquinas de vapor desde su origen hasta nuestros dias, dejando consignada á la par la biografia de sus mas privilegiados inventores.

Unos ciento veinte años antes de la era cristiana, vivia en la capital del Bajo Egipto un hombre dado á la mecánica y geometria, cuyo atrevido ingenio avanzó los conocimientos que mas tarde se han adquirido con tanto trabajo. Su nombre figura aun despues de 2,000 años entre los mas ilustres que han cultivado las ciencias, y aunque los caracteres del nombre Heron de Alejandria se hayan empalidecido un poco á fuerza del tiempo, siempre ocupará la primera página de la historia de los descubrimientos que han tenido por resultado la invencion de las máquinas de vapor. ¡Quién conjeturaria que la primera aplicacion del vapor como fuerza motriz tuvo lugar mas de un siglo antes de la venida del Mesias!

Blasco de Garay, célebre capitán de marina, propuso á Carlos V una máquina para poner en movimiento á los buques sin remos ni velamen, habiéndose hecho un ensayo relativo en el puerto de Barcelona. Garay no quiso dar á conocer su descubrimiento; pero en el mismo momento de la prueba se vió que consistia en una grande caldera de agua hirviendo, en una rueda en cada costado del buque. Hecho el ensayo mandó Blasco Garay des-

armar la maquinaria á consecuencia de diferentes contrariedades y obstáculos serios suscitados por sus adversarios, como tambien por haberle empeñado Carlos V en 1543 á emprender una notable expedicion marítima. Dedúcese de esto que Blasco Garay, bajo los principios quizás de Heron de Alejandria, combinó un aparato y mecanismo para hacer marchar los buques, sin que á punto fijo y detalladamente se sepa en qué consistia su organizacion.

Abandonada la invencion, á lo que parece, por Blasco de Garay, presentóse en Francia bajo el reinado de Luis XIII un tal Salomon Cans, con una nueva máquina de vapor destinada á producir una fuerza motriz. Era Cans ingeniero al servicio del gran duque palatino, y escribió su tratado relativo á su invencion en Heidelberg, y lo publicó sobre el año de 1615 en Francfort, lo que tuvo por consecuencia á que los historiadores pretendieran que Salomon Cans fué alemán, cuando por otra parte se tenia la certeza que habia nacido en la Normandía.

Viene Eduardo de Sommerset, marqués de Worcester, que vivió á fines del siglo XVII, que pagó con su inmensa fortuna y libertad su adhesion á los últimos Estuardos, y mas de una vez estuvo á punto de perecer en los sangrientos combates de aquella época. A la conclusion de aquella terrible lucha fué el marqués de Worcester encerrado en una torre de Londres, y allí es que notando un dia cierto movimiento súbito de la cobertera de la

pequeña marmita en la que cocian sus alimentos, comprendió la eficacia motriz que podria resultar con el vapor. Para proceder á un ensayo relativo, tomó un cañon de pistola, y cerrando herméticamente el oido y despues de llenarle hasta las tres cuartas partes con agua, tambien la boca, lo espuso á la accion del fuego durante veinte y cuatro horas, resultando que por último estallase el cañon con una explosion muy fuerte. Esta experiencia de la grande fuerza expansiva del vapor, hizo que en 1633 propusiera el desarrollar la accion del agua por medio del fuego.

El capitán de ingenieros inglés, Savery, reprodujo el proyecto del marqués de Worcester treinta años despues, aplicándole en las minas de Cornouailles. Entre el número de ingenieros y mecánicos que asistieron á estos ensayos, hubo un tal Newcomen á quien sobre todo le escitaba la curiosidad é interés este invento.

Newcomen fué un simple cerrajero que á principios del siglo XVII, vivió en Dartmouth, distrito de Devoushire. Su nombre parece estaba reservado á pasar á la mas remota posteridad, y al cual habia de tributar no tan solo la industria y comercio de Inglaterra, sino del mundo entero su admiracion y reconocimiento, puesto que á Newcomen se le consideraba como inventor del procedimiento, mediante el cual pudo ser empleado el vapor aquoso súbitamente anulado por el frio, como fuerza impulsiva en las máquinas llamadas de vapor.

Continuábase sin interrupcion en reconocer á Newcomen como inventor, hasta que mas tarde trató Arago en despojarle de aquella gloria, probando al mundo entero, que un aventajado fisico francés llamado Dionisio Papin, era realmente el primer inventor de la máquina á vapor.

Dionisio Papin, adhiriéndose al principio de Worcester y Cans, concibió la idea de la condensacion súbita y completa del vapor por la accion del frio, llegó á comprender que el movimiento alternativo de arriba á bajo del cilindro en las bombas podria recibir diferentes aplicaciones, y muy particularmente servir para el movimiento de rotacion.

Tambien disputan los franceses á los ingleses la primacia de la aplicacion de la máquina de vapor para poner en movimiento á los buques. Estos pretenden que Jonatan Hull, fué el que en 1736 concibió el definitivo proyecto de hacer marchar los barcos, valiéndose del poderoso agente motriz el vapor; y aquellos quieren sostener que la realizacion de semejante pensamiento no tuvo lugar hasta el año de 1775, en cuya época se ensayó la construccion de un barco de vapor de grandes dimensiones, y que despues en 1781, tuvo realmente lugar en Francia el primer curso en el rio Saona, añadiendo que todavia pasaron treinta años hasta que en Inglaterra se vió por primera vez un barco de vapor que tenia el nombre de el *Cometa*, y el segundo en 1813 que cursaba entre Yarmouth y Norwich.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

ADVERTENCIA.

Habiéndose concluido la edicion de los primeros números del *Album pintoresco*, se están imprimiendo por segunda vez, y se enviarán á los nuevos suscritores que tienen derecho á recibirlos tan luego como estén corrientes; entre tanto recibirán desde el número quinto inclusive y todos los sucesivos.

OBRAS EN PUBLICACION.

1.^a SECCION. *Historia de Cien Años*, por César Cantú, traducida directamente del italiano, con notas y un prólogo, por don Salvador Costanzo. Se reparte una entrega cada quince dias.

2.^a SECCION. *Diccionario Universal Francés-Español* y vice versa, por Dominguez; segunda edicion corregida y aumentada. Se reparte una entrega por semana.

3.^a SECCION. *El Colono de América*, novela por Fenimore Cooper, con 25 grabados. Se reparte una entrega por semana.

COMPENDIO

DEL

DICCIONARIO NACIONAL

DE LA LENGUA ESPAÑOLA,

POR DOMINGUEZ.

Concluido el plazo para tener opcion á recibir gratis esta obra, se abre suscripcion á ella al precio de 15 rs. en Madrid el to-

mo, y 20 en provincia, ó sea 30 rs. en Madrid y 40 en provincia toda la obra. Constará de dos tomos en 8.^o de 1200 á 1600 columnas de impresion cada uno, edicion muy esmerada en caracteres nuevos. El tomo 1.^o se repartirá en el mes de mayo y el segundo en el de junio. Concluida la impresion, no se venderá ningun ejemplar menos de 40 rs. en Madrid y 50 en provincia. Debemos advertir á los que crean que es demasiado el volumen y el precio, para un Diccionario manual, que se trata del Compendio de una obra inmensa como lo es el Diccionario clásico de Dominguez, y que teniendo 500 pliegos en folio el que sirve de matriz, es imposible reducir á menos de 400 en 8.^o el extracto, sin riesgo de hacer una cosa imperfecta.

OBRAS PUBLICADAS.

Habiéndose agregado á la *Biblioteca Española* las *Novelas populares*, parece justo que todas las obras de esta coleccion, puedan obtenerlas los suscritores de la Biblioteca al precio de suscripcion, y asi lo hemos resuelto, á cuyo fin se incluye al pie el título de las obras con su precio de suscripcion y venta, advirtiendo que del primero solo pueden disfrutar como queda dicho los suscritores en cualquiera concepto á la *Biblioteca Española*.

El libro del Tiempo, por don Francisco Fernandez Villabrille, con 74 grabados. Precio por suscripcion, 2 rs. en Madrid y 3 en provincia. En venta 5 y 6 rs.

Historia de Napoleon el Grande, por Agustin Challamel, con 30 grabados.

Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 y 10 rs.

Las Memorias del Diablo, por Federico Soulié, con 67 grabados. Se ha concluido la edicion y se avisará cuando se haga una nueva.

María Estuardo, por Alejandro Dumas; esta obra forma parte de la coleccion del autor titulada *Crimenes célebres*; tiene 15 grabados. Precio por suscripcion, 2 y medio rs. en Madrid, y 3 y medio en provincia. En venta 5 rs. en Madrid y 6 en provincia.

Doce Españoles de brocha gorda, obra original de don Antonio Flores, con 54 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 rs. en Madrid y 10 en provincia.

El Diablo Cojuelo, edicion ilustrada con 400 grabados originales. Precio por suscripcion, 2 rs. en Madrid y 3 en provincia. En venta 5 rs. en Madrid y 7 en provincia.

La Casa Blanca, novela por Paul de Kock, ilustrada con 37 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid, y 6 en provincia. En venta. 8 y 10 rs.

Escenas de la vida privada y pública de los animales, obra crítica de costumbres políticas y sociales con 33 grabados. Precio por suscripcion, 3 reales en Madrid, y 4 y medio en provincia. En venta 6 rs. en Madrid, y 8 en provincia.

MADRID: 1852.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.